

LA ISLA EXCELENCIA

Juan Vaello Orts

Érase una vez un lugar en el que las personas con expedientes académicos brillantes, hartas de convivir con gente de menor nivel intelectual a la que consideraban foco de mediocridad y freno para el progreso, decidieron trasladarse a una lejana isla totalmente aislada en la cual sólo admitirían a personas con prestigiosas titulaciones académicas y excelentes expedientes escolares. Se instalaron en la isla, a la que llamaron Isla Excelencia, los mejores médicos, abogadas, economistas y demás titulados brillantes en diversas especialidades, y prohibieron la entrada a cualquier persona que careciera del prescriptivo requisito académico, aislándose del resto del mundo con el fin de preservar una sociedad de alto nivel.

Todo iba bien y la gente estaba satisfecha de no mezclarse con personas mediocres, hasta que un día apareció un náufrago (o una náufraga, no recuerdo el género) en la isla. Una pareja lo recogió, lo alimentó y lo cuidó durante un tiempo, congeniando por su buen carácter con dicha persona. Tan contentos estaban que le propusieron quedarse a vivir en la isla, preguntándole qué estudios tenía, para asegurarse de que cumplía con el requisito de excelencia en los estudios. La persona respondió que no tenía titulación académica, que era cocinero de profesión y que, aunque era buen profesional, carecía de estudios. Lamentándolo, le dijeron que debía abandonar la isla al día siguiente, lo que aceptó la persona con cierta resignación, pero con reconocimiento por el trato recibido. En agradecimiento, les ofreció prepararles una cena de despedida, y fue tan del gusto de la pareja, que al día siguiente, mientras el náufrago estaba preparando sus cosas, se lo contaron a unos vecinos que, intrigados, pidieron que pospusiera su salida un día más y que cocinara una cena para los cuatro.

Así lo hizo el cocinero, y gustó tanto la cena que al día siguiente el rumor ya se había extendido entre los vecinos, que propusieron que aplazara su marcha y que prepararían un local donde cocinar por unos días para que todos los vecinos de la isla que quisieran pudieran degustar sus guisos. Accedió, y fueron pasando los días con el cocinero guisando y los vecinos disfrutando de su buen hacer, hasta que un año más tarde se levantó en la Isla Excelencia el primer monumento a la persona excelente de la isla, y que estaba dedicado... al cocinero, es decir, a la única persona que no tenía un expediente académico brillante, pero sí aportaba algo que los demás no podían aportar.